

# Ondas

Luis A. Pardo Barrientos

Luis A. Pardo Barrientos estudió Ciencias económicas en Bolivia y Chile. Trabaja como consultor en proyectos de desarrollo para diversos organismos de cooperación. Ha publicado ensayos relacionados con la política cultural de Bolivia (1992), la poesía de Fernando Pessoa (1994) y los mundos posibles de la ciencia ficción (2007). Actualmente tiene en preparación el libro de cuentos: Conspiraciones.

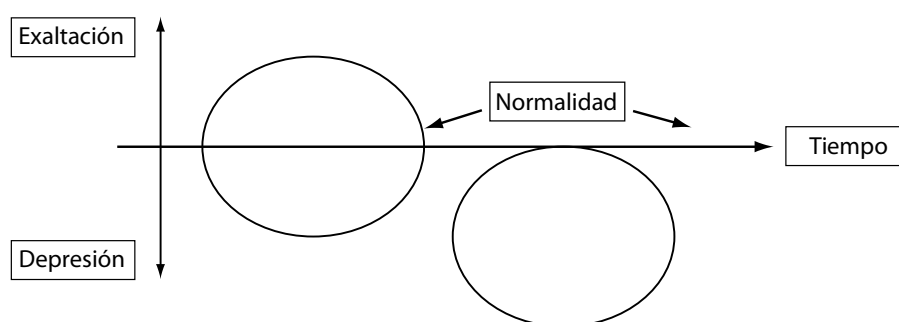
## Palabras claves:

- Ciclos
- Depresión
- Literatura
- Hambre
- Patrón
- Fractal

Ondas, imagen del equilibrio precario, del logrado a costa de expansiones y depresiones personales. Ondas como modelo de comprensión histórica, como descripción del subsecuente auge y sima en el desempeño de las economías. Ondas como arquetipo de la literatura de la Gran Depresión, cargada de términos económicos: inflación, desempleo, pobreza. Ondas como apertura epistemológica a la lectura de las crisis cíclicas del capitalismo tardío y de la actual, que es la de la finitud de los recursos naturales. Ondas, finalmente, como fractal simbólico de la vida diversa que vibra en respuesta a las ondas del sol.

*Waves like present patron in the individual narrative. Waves like history economic model. Waves like rhythm in the Great Depression novels. Waves like life expression that vibrates to the waves of the sun.*

**1** Uno es consciente de su depresión cuando advierte la diferencia entre su actual estado de pesimismo y el anterior de exaltación jubilosa, de optimismo desbordante. La normalidad entonces resulta ser sólo una inflexión entre los dos estadios dominantes, un sitio de paso entre dos estaciones, un no lugar, una línea fronteriza que pertenece a ambas condiciones:



Este doble umbral del yo, exaltación-depresión, revela la precariedad de la existencia generalmente desequilibrada y, proyectada a la vida social, permite entender los vaivenes del crecimiento económico como tendencias que superan los propósitos de la gestión pública, incluso de la más eficiente.

La percepción de la doble condición sólo es posible desde la depresión. O sea, que existe una relación unívoca que va desde la depresión hacia la exaltación, pero no a la inversa. El optimista atra-

viesa un estado que niega la existencia de cualquier otro; no es que no acepte que en el mundo haya gente normal o gente depresiva, además de optimistas, sino que considera que su condición es la que corresponde a un solo estadio: la exaltación, pues la normalidad es para los mediocres y la depresión para los débiles.

**2.** La década de los años veinte del siglo pasado es el período ideal para mostrar la precariedad del

*La década de los años veinte  
es el período ideal para mostrar la  
precariedad del capitalismo  
y la falsedad de sus promesas*

capitalismo y la falsedad de sus promesas de equilibrio y crecimiento continuos. Ni siquiera las figuras del estado estacionario y de la edad madura son lo bastante robustas para alejar de la percepción de la gente los ciclos de la vida y las ondas recurrentes de progreso y miseria como patrones de conducta personal y social.

La búsqueda de la normalidad, ideal policíaco de la educación, de la salud, de la economía y de muchas otras disciplinas, parte con un pie falso porque asume lo coyuntural como permanente y lo tendencial como simple desvío. No es casual, pues, que el racismo y la discriminación se afinquen más en aquellos individuos cuyas profesiones defienden la normalidad como parámetro de conducta o como referente de vida.

El desvío o la distancia desde el umbral de un estado exaltado o depresivo hacia la línea de normalidad es en realidad el sesgo y la normalidad, un caso particular de propensiones equilibradas (o que se anulan) en un mundo de propensiones. No hay desvíos, sino sesgos, pulsiones, tendencias, propensiones. Tampoco hay normalidad, sino coerción pedagógica, social, moral, para forzar la conducta individual o social hacia un equilibrio precario, plano, y, de ahí, artificial. La Naturaleza juega con dados cargados y la Ciencia pretende entrar al ruedo como un jugador honesto. Un mundo así no tiene solución de continuidad, o es una hipocresía que conducirá a la neurosis generalizada o es una miopía que conducirá al crac económico. Voy a intentar demostrarlo.

3. Desde 1922 hasta el verano de 1928 la economía mundial y, particularmente, la norteamericana, se expandió con altas tasas de crecimiento. A principios del siguiente año se leían ya los signos de la Gran Depresión del 29, cuyos impactos de empobrecimiento y decadencia concluyeron recién en 1941. George Jackson, el autor de *Solidad Brother* (1971), norteamericano que asume su conciencia negra en la cárcel, empieza así sus cartas desde la prisión: “Nací cuando terminaba la Gran Depresión. Terminaba, porque una segunda guerra destinada a conseguir mercados coloniales había comenzado en USA. El 23 de septiembre de 1941 empujé hacia afuera mientras mi madre intentaba retenerme, y me sentí libre”.

Sinclair Lewis sitúa a *Babbitt*, el personaje de su novela epónima, en una ciudad intermedia de

los Estados Unidos. George F. Babbitt es un comerciante de bienes raíces, exitoso, normalizado por la publicidad de la pujante industria norteamericana, adorador del automóvil y perito de la especulación que vive y trabaja en Zenith, una ciudad que es la deslumbrante expresión del capitalismo exitoso de 1922, a pesar de que no se trata de una megalópolis:

En uno de los rascacielos, los telegrafistas de la Associated Press se levantaban las viseras de celuloide, cansados de hablar toda la noche con París y Pequín. La comunicación quedaba interrumpida. Por los pasillos se arrastraban, bostezando, las mujeres que fregaban los suelos. La niebla del amanecer se disipó. Las filas de obreros, con su almuerzo en la fiambra, se dirigían hacia inmensas fábricas nuevas, láminas de cristal y ladrillo hueco, relucientes talleres, donde cinco mil hombres trabajaban bajo el mismo tejado, manufacturando unos cacharros de primera que habían de venderse en el Éufrates y en el Transvaal. Las sirenas vibraron a coro, alegres como el alba de abril. Era el canto de trabajo en una ciudad construida, al parecer, para gigantes.

En 1929 aparece *El ángel que nos mira*, de Thomas Wolfe, saga autobiográfica de este gran escritor. Su novela aúna el personaje depresivo, autoanalítico, con la geografía yerma y la tierra infértil del sur norteamericano:

Durante todo el día, bajo el cielo gris y húmedo de octubre, Oliver viajó hacia el oeste, cruzando el poderoso estado. Al mirar tristemente por la ventanilla los grandes campos sin cultivar, salpicados de tarde en tarde por fútiles, ocasionales y pequeñas granjas, que parecían haber hecho solamente mínimas roturaciones en el erial, sentía que se le enfriaba y le pesaba el corazón. Pensaba en los grandes heniles de Pennsylvania, en las mieses maduras de granos dorados, en la abundancia, en el orden, en el limpio progreso de la gente. Y pensaba en que también él había querido imponerse un orden y ganarse una posición, y en la desenfadada confusión de su vida, en las manchas y borrones de los años, y en el anárquico despilfarro de su juventud.

¡Dios mío! —pensó—. ¡Me estoy haciendo viejo! ¿Por qué aquí?

4. La depresión, además de tener un tiempo, tiene un lugar. Está indudablemente en la cabeza de la persona y en el corazón del capitalismo.

Y es la memoria la que con su capacidad algorítmica reconoce el patrón de la doble condición

y formaliza el ciclo. La memoria es a la personalidad lo que la econometría es a la economía. Ambas, memoria y econometría, una vez reconocido el patrón, predicen conductas, pero no las corrigen.

5. Estoy mirando unas fotografías de la época. La primera es de 1925, los locos, los felices años veinte. Playa, sol, sonrisas, sombreros, sombrillas. También inocencia resaltada por el exceso de ropa y el largo de los vestidos. El horizonte, al fondo, divide la fotografía en dos y deja por arriba unas nubes teñidas de amarillo-ocre por la luz del Sol y que replican el pardo de la arena, que queda abajo, sobre la que parecen posar unas personas.

La segunda es de la Gran Depresión. Una larga fila de desempleados hace cola para recibir gratuitamente un café y unos buñuelos y paliar el hambre. Hace frío. Parece haber llovido. Todos ellos usan boinas, gorras o sombreros y la mayoría tiene abrigos y las manos en los bolsillos. Quieren parecer dignos, pero algo les desmiente: la mirada curiosa, los pantalones arrugados, la posición erecta. Quieren parecer dignos y tienen algo de *gánsters*. La crisis económica mundial fue precipitada por la crisis de la economía norteamericana, que comenzó en 1928 con la caída de los precios agrícolas y estalló cuando el 29 de octubre de 1929 se hundió la Bolsa de Nueva York. Ese día bajaron rápidamente los índices de cotización de numerosos valores —al derrumbarse las esperanzas de los inversores, después de que la producción y los precios de numerosos productos cayeran por espacio de tres meses consecutivos— y se vendieron precipitadamente unos 16 millones de acciones. Las causas últimas de la crisis norteamericana fueron, de una parte, la contracción de la demanda y del consumo personal, los excesos de producción y pérdidas consiguientes (por ejemplo, en el sector automovilístico y en la construcción) y la caída de inversiones, propiciada por la caída de precios; y de otra, la reducción en la oferta monetaria y la política de altos tipos de interés llevadas a cabo por el Banco de la Reserva Federal desde 1928 para combatir la especulación bursátil.

En cualquier caso, el producto interior bruto norteamericano cayó un 30% entre 1929 y 1933; la inversión privada, un 90%; la producción industrial, un 50%; los precios agrícolas, un 60%; y la renta media, un 36%.

Unos 9.000 bancos —con reservas estimadas en más de 7.000 millones de dólares— cerraron en esos mismos años. El paro, que en 1929 afectaba sólo al 3,2% de la población activa, se elevó hasta alcanzar en 1933 al 25% de la masa de trabajadores, esto es, a unos 14 millones de personas. Como consecuencia, los Estados Unidos redujeron drás-

ticamente las importaciones de productos primarios (sobre todo de productos agrarios y minerales procedentes de Chile, Bolivia, Cuba, Canadá, Brasil, Argentina y la India), procedió a repatriar los préstamos de capital a corto plazo hechos a países europeos, sobre todo a Alemania, y recorrió sensiblemente el nivel de nuevas inversiones y créditos. La dependencia de la economía mundial respecto de la norteamericana era ya tan sustancial (sólo en Europa los préstamos norteamericanos entre 1924 y 1929 se elevaron a 2.957 millones de dólares), y las debilidades del sistema internacional eran tan graves (países excesivamente endeudados y con fuertes déficits comerciales, grandes presiones sobre las distintas monedas, muchas de ellas sobrevaloradas tras el retorno al patrón-oro, numerosas economías dependientes de la exportación de sólo uno o dos productos), que el resultado de la reacción norteamericana fue catastrófico: provocó la mayor crisis de la economía mundial hasta entonces conocida. El valor total del comercio mundial disminuyó en un solo año, 1930, en un 19%. El índice de la producción industrial mundial bajó de 100 en 1929 a 69 en 1932.

Aunque con las excepciones de Japón y de la URSS, la crisis golpeó en mayor o menor medida a la totalidad de las economías, pero en Alemania sus efectos fueron particularmente negativos. La economía alemana no pudo resistir la retirada de los capitales norteamericanos y la falta de créditos internacionales. El comercio exterior se contrajo bruscamente. La producción manufacturera decreció entre 1929 y 1932 a una media anual del 9,7%. Los precios agrarios cayeron espectacularmente. La producción de carbón descendió de 163 millones de toneladas en 1929 a 104 millones en 1932; la de acero, de unos 16 a unos 5,5 millones de toneladas. El desempleo, que en 1928 afectaba a unas 900.000 personas, se duplicó en un año y en 1930 se elevaba ya a 3 millones de trabajadores.

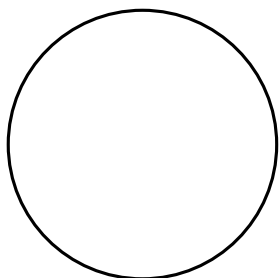
Las medidas tomadas por el gobierno del canciller Brüning, formado el 30 de marzo de 1930, tales como elevación de impuestos, reducción del gasto público y de las importaciones, recortes salariales y mantenimiento del marco —medidas pensadas para impedir una reedición de la crisis de 1919-23 y para que Alemania pudiese hacer frente al plan Young—, resultaron inadecuadas. La contracción de la demanda que provocaron hizo que el desempleo se elevara desde 4,5 millones en julio de 1931 a 6 millones al año siguiente.

6. Abundan los estudios econométricos sobre la Gran Depresión. *The World Book Encyclopedia*, publicación norteamericana de 1962, cuenta 40 ciclos económicos entre 1790 y 1941. Cuarenta estadios de crecimiento y cuarenta y un estadios de depresión.

La gráfica de la ocurrencia de estos eventos en el tiempo es contundente, tanto que no hace falta otra imagen para reconocer el vaivén del modelo capitalista.

Dos regularidades, además de las descritas, son también observables en la gráfica del ciclo de depresión y prosperidad de la economía norteamericana actual: el tiempo de los ciclos se ha reducido y la profundidad de la depresión se ha agudizado.

7. Si del gráfico original de las ondas, con el auxilio de la memoria, se elimina la línea media del tiempo, y se superponen los estadios de la vida, la imagen que surge es la de un círculo:



El círculo es el individuo y la vida consiste en dar vueltas, revoluciones y retornos.

La forma circular del Sol y su periodicidad día-noche fortalecieron esta idea de la vida cíclica, de la existencia como eterno regreso y del crecimiento o evolución como potenciación de ese círculo. Algo así como:  $\lambda^n$ , donde  $\lambda$  es el individuo y  $n$  es el número de vueltas que puede potenciarlo.

8. Tengo encima del escritorio dos revistas españolas de historia del siglo XX. La primera, el número 8 de la colección, lleva por título: *Los felices años veinte*. Y como subtítulo: *Entre la Gran Guerra y la crisis*. Los artículos que presenta son los siguientes: 'Los años veinte: entre la guerra y la crisis', 'Los felices veinte en los Estados Unidos', 'El fin del patrón-oro', 'Multinacionales y materias primas', 'La crisis de la conciencia europea', 'La sociedad española en los años veinte'.

La segunda revista es la número 12. Titula: *El crac de 1929: La Gran Depresión asuela el mundo*. Éstos son los artículos que recoge: 'Aspectos económicos de la crisis', 'El crac', 'La Gran Depresión en los Estados Unidos', 'Los días del hambre', 'La crisis asuela Europa', 'España y el crac de 1929', 'Los intelectuales ante la crisis'.

9. La perplejidad que causa la actual depresión (algunos la llaman ya la Segunda Gran Depresión) confunde incluso a los especialistas. Al pa-

recer, esta crisis no sólo es más profunda, sino que tiende a cambiar el patrón ya estudiado durante la Gran Depresión del 29; es decir, tiende a ser más profunda.

Los econométristas llaman *pautas de Elliott* a las variaciones alrededor del ciclo, que tienen lugar en todos los grados de la tendencia. El modelo de Elliott permite diferenciar once categorías de movimiento en función de su magnitud. El mercado de valores, leído por el indicador *Standard and Poor's 500*, sigue una pauta repetitiva de cinco ondas al alza y tres a la baja si la tendencia es alcista, y de cinco ondas a la baja y tres al alza si la tendencia es bajista. Para averiguar si la tendencia principal es alcista o bajista, hay que observar qué estructura de onda tienen los movimientos del período que se analiza, ya que los movimientos en la dirección de la tendencia principal tienen una estructura de cinco ondas, mientras que los movimientos en contra de esa tendencia principal son estructuras de tres ondas. Elliott clasificaba las correcciones como mínimas, normales y máximas, siendo la mínima de un 31,8%, la normal de un 50% y la máxima de un 68,1%, de tal manera que una corrección de tendencia alcista nunca debería descender más del 61,8% de lo ascendido por la onda que la precede. Con esa introducción, les presento este párrafo extraído de *Internet* de un artículo escrito a fines del 2003:

Tras haber hecho diversos estudios de los índices del crac del 29, he llegado a la conclusión de que nos encontramos sin duda alguna ante una gran onda del milenio, que a su vez se divide en más ondas de ciclo menor. Concretamente en 1995 se inició una onda de ciclo menor que llevó al S&P a los 1500 puntos. Tras hacer techo y un fallo de quinta onda, como puede apreciarse en el gráfico, comenzó la segunda onda del ciclo, es decir, el retroceso que como cualquier onda de retroceso se divide en tres ondas de ciclo menor y éstas en otras tres y así sucesivamente. La primera onda del ciclo se divide en cinco ondas y cada una de ellas en otras cinco y así indefinidamente. Lo más significativo de mi análisis es que la actual crisis ha superado la tendencia bajista de largo plazo iniciada en el año 2000.

10. Me levanto a las 4.30h. Falta hora y media para el amanecer. Los albañiles de El Alto se están despertando para trasladarse a la urbe a trabajar en la construcción de condominios, edificios, escuelas, casas. Normalmente deben estar a las 6:00h en sus puestos para empezar su jornada. El Sol y sus ciclos ordenan su vida y la de los otros trabajadores que los trasladan: chóferes de minibuses, taxis, colectivos.

Esperando el amanecer, he releído todo lo que he escrito ayer y creo que recoge lo que he estado pensando en estos días de resfriado. El conjunto ha resultado ser una especie de ensayo-diario-ficción alrededor de un tema dominante: los ciclos.

Sí. La depresión es un buen tema para escribir.

**11.** Alemania en la década de los años 20 atravesaba ya su propia depresión.

No he leído ninguna novela de Elias Canetti, sólo memorias noveladas y ensayos. Sospecho que, con el tremendo peso de la infancia y de la madre en su personalidad reflexiva, es el escritor menos indicado para generar otro mundo que no sea el que le dicta la memoria. El segundo tomo de sus memorias, *La antorcha al oído*, cubre el período 1921-1931 y narra el aprendizaje de la vida de un muchacho en largas estancias en Fráncfort, Berlín, Viena.

La primera parte de este tomo se denomina *Inflación e Impotencia. 1921-1924*, y se estructura como la historia de la decadencia de una rica familia búlgara, semi-judía, que por efectos de la guerra debe abandonar su país hacia Suiza y luego hacia Alemania:

En la época en que la inflación alcanzó su cota máxima, el salto diario que al final llegaría hasta el billón, tuvo para todo el mundo consecuencias extremas, aunque no idénticas. Era un espectáculo monstruoso; todo cuanto ocurría —y no era poco— dependía de una sola condición: la devaluación progresiva del dinero a un ritmo demencial.

Canetti no habla de su padre ni una sola vez en el segundo tomo de sus memorias. Sí habla mucho de su madre, con quien sostiene una batalla: la de la adolescencia, que consiste, en realidad, en desmentir el mundo de la infancia añadiéndole más crueldad y más conciencia. No es exagerado decir que Canetti comprende la fragilidad humana por los fenómenos de la migración y la subida de precios. Eso lo convierte en nuestro contemporáneo:

Fue mucho más que un caos lo que se abatió sobre la gente, algo similar a explosiones cotidianas: quien sobrevivía a una, sucumbía a la próxima al día siguiente. Yo notaba los efectos no sólo a nivel general, sino también a mi lado, sin tapujos, en cada uno de los miembros de esa familia; el suceso mas ínfimo, privado y personal tenía una y la misma causa: la delirante fluctuación del dinero.

Canetti adolescente ve desmayarse de hambre a una mujer en la calle. Queda profundamente perturbado y molesto por la situación económica y

*Al parecer, esta crisis no sólo es más profunda, sino que tiende a cambiar el patrón ya estudiado durante la Gran Depresión del 29*

resuelve confrontar a la madre, quien le responde: “Yo no he provocado la inflación”. Y entonces el adolescente huye del hogar. Y deambula por las calles de Fráncfort: “Muchas cosas me torturaban por entonces; me sentía culpable de la miseria que veíamos a nuestro alrededor y no compartíamos.

Experimenta también su primer encuentro con la masa que rescatará luego en el largo ensayo *Masa y poder*:

Mucho me impresionaron las primeras manifestaciones que vi: eran bastante frecuentes y siempre de carácter antibélico. Había una marcada diferencia entre quienes apoyaban el colapso que había puesto fin a la guerra, y aquellos cuyo rencor no tenía por objeto la guerra, sino el Tratado de Versalles, firmado un año después. Ésa era la línea divisoria más importante, y sus efectos se dejaban sentir ya por entonces. Una manifestación contra el asesinato de Rathenau convocada en la avenida *Die Zeil*, me proporcionó mi primera experiencia con la masa. Como las consecuencias que esta experiencia tuvo para mí se articularían años más tarde en diversas discusiones, preferiría referirme a ellas en otro momento.

Canetti no fue el único escritor en registrar los estragos de la depresión económica de la Europa de entreguerras, pero sí uno de los más lúcidos. Hay fotografías que lo muestran muy distinto a como lo presentan las fotos de otorgación del Premio Nóbel: un viejito con lentes enormes, cabello blanco, bigotes blancos y espesos y mirada penetrante. En aquéllas se lo ve más joven, siempre serio, en el campo, observando las montañas ocres de Bulgaria, pero a la vez mirando de reojo a la cámara.

**12.** El resfrío es una primera muerte y como ella es insoportable. La presencia de esta muerte, sin embargo, como seguramente la de la muerte definitiva, trae rachas embriagadoras de fiebre jubilosa. Ésa es la única parte atractiva de esta enfermedad.

**13.** Todo lo que sube baja, parece decir el vaivén de los ciclos. Y el Sol, que no necesita como nosotros comprender esta lógica, ha asomado ya su cara redonda y brillante. Las nubes empiezan a disiparse desde el fondo del paisaje panceño, las

luces de noche se apagan lentamente, como muriendo apenas y las formas de los edificios y las casas dejan apreciar su estabilidad consoladora.

14. John Dos Passos y John Steinbeck, el primero con *Manhattan Transfer* (1925) y el segundo con *Las uvas de la ira* (1939), son los dos autores más citados como los novelistas de la Gran Depresión. La exaltación tiene en Scott Fitzgerald con *El gran Gatsby* (1925) y, mucho más lejos, en Ernest Hemingway con *Fiesta* (1936), a sus autores preferidos.

No son los únicos. Yo encuentro muchos más (es una década creativa) y tan interesantes como los anteriores, y no solamente norteamericanos, sino también europeos, porque la crisis del 29, como la de ahora, se propagó desde el centro hacia la periferia, “desde la economía de casino” —dijo la Presidenta de Argentina ante Naciones Unidas, hace poco— hasta los suburbios.

*Mientras agonizo* (1930) de Faulkner es una novela conformada por monólogos de los miembros de una familia de blancos, los Bundren, que mientras trasladan el cadáver de su madre y esposa en un ataúd por los parajes desolados del sur, se atormentan con sus recuerdos. El pasado pesa demasiado, como la muerte, para todos los Bundren. Uno de los hijos, Tull, es el más poético:

Así que al fin consiguieron que Anse dijera lo que quería hacer, y él y la chica y el chiquillo se bajaron de la carreta. Pero incluso cuando estábamos en el puente, Anse siguió mirando hacia atrás como si pensara que, ahora que se acababa de bajar de la carreta, quizá todo aquello saltara por los aires y él se encontraría de nuevo en los campos y ella seguiría en cama en la casa, aguardando la muerte, y todo volvería a repetirse.

Dashiell Hamett retrata en *La Llave de cristal* (1931) el ambiente corrupto de una ciudad norteamericana en tiempos preelectorales. Novela de diálogos, de personajes ambiguos, moralmente dobles, que trafican puestos, mercancías, cuerpos, vidas, en fin, todo lo que pueda lucrar, proporciona una mirada devastadora de la podredumbre del capitalismo y de sus élites:

—No sé por qué te empeñas en hablar del senador como si fuera un hampón. Es un caballero y...

—¡Qué duda cabe! Puedes leerlo en el Post: uno de los pocos aristócratas que se dedican a la política en Estados Unidos. Y aristócrata es su hija. Y precisamente por eso es por lo que te aconsejo que, cuando vayas a verlos, te abroches bien la camisa, o saldrás sin ella; porque

para ellos, tú eres una forma de vida animal inferior con la que no es menester obedecer las reglas del juego.

Quien contesta así a su jefe es Ned, su guardaespaldas, el héroe de Hamett.

Me gustan los héroes de Hamett, son duros. Cuando pienso en ellos pienso también en el escritor, en su vida, en sus temporadas alcohólicas (al final sus ciclos), en su paso por la cárcel, en su matrimonio con la bruja, pero fiel, Lilian Hellman.

Hay una fotografía que muestra una estampa simpática de Hamett vestido como uno de sus héroes, con traje sobrio, saco cruzado, zapatos negros, corbata a rayas y pañuelo en el bolsillo. Un sombrero de ala media y cinta ancha le cubre la cabeza de mirada inteligente y bigotes varoniles. Con el cigarrillo en la mano y a punto de tomar el tren o tal vez acabando de salir de él, Hamett posa para su fotógrafo, cuya silueta asoma por los pies del escritor, como haciéndose presente pero a la vez ausente en esta historia.

15. Ha habido también escritores que han localizado sus mundos ficcionales en la década de los años veinte. Por ejemplo John Fante, que cuenta en *Un año pésimo* (1985) la decadencia de los Molise, una familia de emigrantes italianos en los Estados Unidos en 1931. El desengaño, la indiferencia, el extrañamiento y la angustia son los elementos de una narración cínica y cruelmente autoparódica en la que un protagonista, un chico feo y petiso, peleado con el mundo y consigo mismo, destroza el sueño americano al contarlo desde la perspectiva de la pobreza y el resentimiento. El protagonista de Fante reflexiona así sobre su padre:

Llevaba años intentando que me interesara por la albañilería. Su padre, su abuelo y todos sus antepasados habían sido albañiles y canteros, y él creía que el oficio estaba inscrito en el linaje y que se manifestaba en cada generación. Cuando tenía siete años me llevó a una obra y allí gané cinco centavos al día por hacer de aguador para los albañiles. Los dos últimos veranos había trabajado con él de ayudante, manipulando la hormigonera y llenando capachos. Había sido un trabajo muy pesado y El Brazo se resintió, estuvo dolorido todo el tiempo.

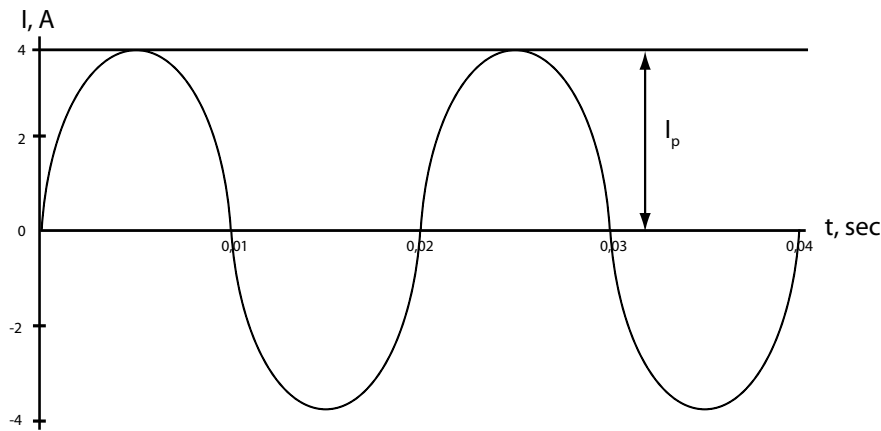
Molise, el protagonista, tiene un conflicto con su padre: no le gusta su trabajo, no le gusta cómo trata a su madre, no le gusta cómo se conduce con las mujeres, pero a la vez lo admira. Su padre es su antagonista. He ahí el conflicto. La relación estalla cuando decide robarle su herramienta de

trabajo: la mezcladora de cemento que Fante denomina “la hormigonera” y que constituye el símbolo y la esencia de la profesión de albañil, de la cual el padre está orgulloso.

La reconciliación padre-hijo, luego de una paliza, inaugura otra fase expansiva en Molise.

16. ¿Cuál es el origen de la S? ¿Egipto? ¿Originalmente se escribía como ondas? ¿Como una S en posición horizontal? ¿Como una víbora reptando?

17. El flujo de la corriente alterna (véase abajo el gráfico de un circuito eléctrico) tiene dos umbrales y la distancia del umbral superior (o inferior) a la línea media se mide utilizando la función seno:



Donde:

- I = corriente instantánea en amperios;
- $I_p$  = máximo, o pico, de intensidad de corriente en amperios;
- f = frecuencia. La frecuencia es el número de ciclos por segundo. Se mide en Hz;
- t = tiempo.

Otra forma:

$$I = I_p \sin (\theta)$$

Donde:  $\theta$  = el desplazamiento angular en grados o radianes.

17. “Tras el amor, divisamos/ alas negras en el horizonte. ‘Buitres’, te oí decir”. Es Stephen Spender en *El Templo* (1929). Hedonista como él, Scott Fitzgerald también percibía la depresión en la felicidad:

Alrededor de las tres y media cesó la lluvia, convirtiéndose en una húmeda niebla a través de la cual flotaban infinidad de gotas parecidas al rocío. Gatsby miró, con vacías pupilas, un ejemplar de *Economics*, de Clay, estremeciéndose al oír las pisadas de la finesa en la cocina, y contemplando, de vez en cuando, las llorosas ventanas, como si una serie de acontecimientos alarmantes e invisibles estuvieran ocurriendo en el exterior.

Hay una fotografía de la película protagonizada por Robert Redford en el papel del Gran Gatsby donde aparece apoyado en un coche. La delicadeza de la escena y la brillantez que refleja la elegancia de la riqueza, son evidentes en esta primera parte de la década de los veinte.

**18.** Algunos autores no necesitan localizar sus mundos ficcionales en 1929 para transmitir el hambre de la Gran Depresión. Ése es el caso de *Charlie y la fábrica de chocolate* (1975) de Roald Dahl.

La metáfora es la cornucopia en forma de ríos de chocolate. Charlie y sus abuelos sacian su hambre infinita, “su sensación de vacío permanente en el estómago”, con dulces que no se consumen jamás y chicles que se mastican hasta el infinito:

—¡Mirad! —exclamó el señor Wonka, bailando excitadamente y señalando el río de color marrón con su bastón de puño dorado—. ¡Es todo de chocolate! Hasta la última gota de ese río es chocolate derretido caliente de la mejor calidad. De una calidad insuperable. Hay allí chocolate caliente para llenar todas las bañeras del país entero. Y todas las piscinas también. ¿No es fantástico? ¡Mirad esos tubos! Succionan el chocolate y lo llevan a todas las demás dependencias de la fábrica, donde haga falta. ¡Miles de litros por hora, mis queridos niños! ¡Miles y miles de litros!

**19.** De acuerdo con la teoría de cuerdas o supercuerdas, la materia no está formada por partículas elementales puntuales, sino por objetos extensos en una dimensión: cuerdas.

El tamaño de estas cuerdas es muy pequeño, mucho menor que las menores escalas de longitud medidas experimentalmente. Aunque normalmente se supone que este tamaño es del orden de la longitud de Planck, en algunos modelos este tamaño podría ser de orden mayor.

A energías muy bajas, no existe suficiente resolución para observar el tamaño de las cuerdas, y su comportamiento se reduce al de partículas puntuales. Sin embargo, a energías muy altas,

la naturaleza extensa de las cuerdas comienza a manifestarse y modifica el comportamiento de las partículas de modo que sus interacciones gravitacionales, calculadas en la teoría, no presentan ningún comportamiento “patológico”.

**20.** Para algunos pesimistas, la doble condición se resolvería en el no ser. De ahí el desasosiego, de la imposibilidad de no ser quienes somos. Anota Fernando Pessoa en el *Libro del desasosiego* (1930): “Envidio a todo el mundo no ser yo. Como de todos los imposibles, éste me ha parecido siempre el mayor de todos, ha sido el que más se ha constituido en mi ansia cotidiana, mi desesperación de todas las horas tristes”.

**21.** Volviendo a la imagen original de los ciclos en el tiempo, si cogemos los extremos de las ondas y prescindimos de cualquier otro instrumental, incluso del plano que permite representarlas, jalamos y jalamos, y obtenemos una línea:

---

Una línea tensa. Frente a la bipolaridad de la sinusoidal, la línea recta surge como obsesiva, nerviosa. Ésa es la pretendida normalidad.

**22.** En este mundo, lo que está mal es el mundo.

**23.** En 1929, Freud, reflexionando sobre el hedonismo como estilo de vida, escribía lo siguiente:

Esta orientación estética de la orientación vital nos protege escasamente contra los sufrimientos inminentes, pero puede indemnizarnos por muchos pesares sufridos. El goce de la belleza posee un particular carácter emocional, ligeramente embriagador. La belleza no tiene utilidad evidente ni es manifiesta su necesidad cultural, y, sin embargo, la cultura no podría prescindir de ella (*El malestar en la cultura*).

